

XXIX Feria del Libro Antiguo y de Ocasión de Sevilla

Pregón leído el día 19 de Octubre
en la Excma. Diputación por

Aquilino Duque

SEVILLA

2006

Es ésta la cuarta vez en obra de treinta años que se me pide en Sevilla que pregone una feria del libro. Creo por tanto haber dicho sobre el libro cuanto a mí me parece que hay que decir, y repasando lo dicho, no veo motivo para decir nada nuevo. Lo que desde luego ha dio en aumento es mi afición al libro de ocasión, por lo mismo que ha ido a más mi afición al celuloide rancio. A estas alturas de la vida tengo que confesar que las películas de estreno me interesan aún menos que las novedades editoriales. Los escaparates de los grandes almacenes y sus mesas de novedades me atraen tan poco como los suplementos literarios de la prensa diaria. A donde en cambio encamino a mis heroicos lectores es a los librereros de viejo, que casi siempre tienen a mano lo que buscan. Cada libro mío es una rareza y no hay diferencia entre los publicados hace cuarenta años y los recientes, pues también mis editores pertenecen a esa rara especie para la que un libro no es un artículo de consumo, sino una obra de arte. Lo que de esta época culturalmente tan zafia quede en la historia de la Literatura será lo que publiquen estos editores, que no dudo en llamar editores de viejo o editores de ocasión, equiparándolos con los librereros de ocasión, con los librereros de viejo. Con unos y con otros siempre me sentí identificado hasta el punto que si de algo puedo presumir es de ser un escritor de viejo, un escritor de ocasión, un escritor de lance, un escritor de saldo. Mis relaciones, siempre conflictivas con los editores comerciales, han sido y son de amistad y simpatía con los editores y librereros de saldo, de lance, de ocasión, de viejo. Esta amistad y esta simpatía vienen de antiguo, pues como indiqué más arriba, no es ésta la primera vez que me piden que pregone su feria, cosa que hice y que hago en los términos siguientes:

“Si algún día los librereros de viejo deciden dedicarle a alguien un homenaje, ese alguien tiene a la fuerza que ser Arturo Schopenhauer, que dijo que para que él leyera un libro, el libro tenía que tener cincuenta años por lo menos. Si todos hiciéramos como Schopenhauer, los librereros de viejo harían su agosto. De todos modos, el negocio que hagan, a los lectores de libros viejos se lo deben en buena parte. El tiempo es el único crítico literario que nunca se equivoca, y ésa es la gran ventaja que los librereros de viejo tienen sobre los librereros de novedades. A veces el tiempo les da la razón a los críticos, pero lo más frecuente es que se la quite, y de ello no tienen culpa los críticos, los

pobres, sino los autores criticados, entre los que el talento es raro y está desigualmente repartido.

Naturalmente, si el librero de viejo dependiera exclusivamente del lector de viejo, tal vez tendría que cerrar el negocio. No es así. El cliente número uno del librero de viejo no es el lector, sino el coleccionista. Al libro se va por amor a la lectura, pero también se va por afán de atesoramiento. El libro, como la mujer, puede ser objeto de amor o de deseo, y cuando sólo es objeto de deseo, se convierte en objeto a secas, en objeto de colección. Yo creo que Don Juan Tenorio, pues de las mujeres lo que le interesaba era coleccionarlas, debió de ser bibliófilo, o pudo haberlo sido. Un donjuán que nos consta que lo fue, aunque de gorra, fue Casanova, que después de haberse pasado la juventud coleccionando lances de amor, se pasó la senectud catalogando libros de lance. Rodeado de libros viejos en la biblioteca del castillo de Dux, en Bohemia, Casanova se puso a evocar los años en que andaba rodeado de mujeres, y quién sabe si en cada in-folio que hojeaba sentía y palpaba los apergaminados encantos de sus amantes de antaño. Yo creo que lo más apasionante de los amoríos de Casanova es el escenario en que acontecen. Roma, Venecia, Praga, Dresde, Viena, vistas por él como las viera Gaurdi o las viera el Tiépolo o las viera el Canaletto, infunden belleza rococó y misterio libertino en cualquier mujer que se disimule tras una máscara en el palco de un teatro o tras un velo en el locutorio de un convento. Por eso creo también que a Casanova, en punto de libros, le importaban mucho las bellas encuadernaciones. Sin embargo, amateur en todos los sentidos de la palabra, nos dejó penetrantes prospecciones en el corazón femenino y acertados juicios literarios, lo que quiere decir que llegó a leer y llegó a amar a más de un objeto de sus colecciones imaginarias. Y fueron imaginarias sus colecciones porque nunca conservó nada y no tuvo por suyos ni los libros que cuidó en su vejez ni las mujeres que conoció en su mocedad.

Este paralelo de la mujer y el libro quedaría incompleto si no incorporásemos a él al vino, que con el libro y la mujer es uno de los tres amigos del alma. También el vino nuevo tiene su encanto, pero también aquí es el tiempo un juez infalible. Si el vino es de buena calidad, con el tiempo toma cuerpo y riqueza; si es malo, con el tiempo se avinagra. A la mujer y al libro les pasa otro tanto. Sería curioso saber qué libros de los que hoy se publican serán buscados con ahínco dentro de cincuenta años por amateurs y connoisseurs, por bibliófilos y lectores. Muchos de ellos no tendrán esa suerte, porque ya nacen avinagrados. El toque del libro, como el de la mujer y el vino, está en saber envejecer.

Esto lo supo muy bien el misógino Schopenhauer; esto lo supo muy bien el mujeriego Casanova, así que ya pueden los libreros de viejo ir pensando en dedicarles un homenaje, aunque sea para dentro de cincuenta años.

Es muy posible que dentro de cincuenta años lo que acabo de leer siga siendo tan válido como lo es ahora, a los veinticinco años de su primera lectura pública.

Aquilino Duque